

Apuntes para una “retórica del andar” en el Nuevo Mundo: caminantes y navegantes*



Jimena N. Rodríguez
CECI-UCLA

Resumen

Un conjunto de diarios de navegación a las costas de California en los siglos XVI y XVII permite establecer las diferencias discursivas de caminantes y navegantes. Desde el espacio reducido del barco, un satélite que permite la observación sin contacto, el navegante describe los recortes costeros. El barco es un refugio. Es protección y resistencia. Quien camina, en cambio, se expone y sus representaciones permiten observar ciertos desplazamientos en la subjetividad del viajero.

Palabras clave

California
Caminantes
Navegantes

Abstract

A series of travel accounts on sailing to the coasts of California, during the 16th and 17th Century make note of the differences between wanderers and sailors. From the reduced space of a ship, a satellite that lends itself for observation without contact, the sailor describes the coastal geographies. The ship is a place of refuge. It is protection and resistance. He who wanders, on the other hand is exposed and his representations make evident certain displacements in the subjectivity of the traveller.

Key words

California
Wanderers
Sailors

Resumo

Um conjunto de diários de bordo na costa da Califórnia, nos séculos XVI e XVII, tornam possível estabelecer as diferenças discursivas entre a viagem de caminantes e navegantes. No espaço confinado do navio, um satélite que permite a observação, sem contato, o navegante descreve a costa. O barco é um refúgio. É proteção e resistência. Quem caminha sobre a terra firme, no entanto, fica exposto ao contato com os outros e as suas representações permitem-nos observar algumas mudanças na subjetividade do viajante.

Palavras-chave

California
Caminhantes
Navegantes

* Este trabajo es parte de una investigación mayor que realizo en el Centro de Estudios Coloniales de la Universidad de California, Los Ángeles (CECI-UCLA). Algunas de las ideas aquí expuestas pertenecen a los avances de esta investigación y fueron presentadas previamente en congresos y jornadas. Para otros aspectos de esta, remito a mi artículo de 2010a.

Las variedades de *pasos*
son hechuras de espacios.

Michel De Certeau

I.

Los europeos recién llegados del “viejo” al “nuevo” mundo escribieron sus impresiones, sueños, aventuras y desventuras codificando el material narrativo en relatos de viajes, unas veces insertados en estructuras mayores y otras no. Estos relatos tienen una poética y una retórica características, que pueden ser rastreadas hasta la literatura de viajes medieval y que permite hablar de relaciones productivas entre mundos textuales aparentemente distantes. En otro lugar llamaba la atención sobre la pertinencia del estudio de dicha tradición en las crónicas de la Conquista (Rodríguez, 2010b). Intentaba demostrar entonces que la tradición medieval de relatos de viajes presta motivos, maneras del decir y del nombrar a los recién llegados al continente americano y que un análisis comparativo –que trascienda épocas, géneros y geografías, y que pretenda ir más allá del productor del texto– pone en evidencia la *técnica* y el funcionamiento interno del relato de viajes.

Las crónicas de la conquista son también los textos de ese conjunto de expedicionarios, soldados, misioneros, navegantes y caminantes por un mundo *otro*; textos que reconstruyen un itinerario y narran un desplazamiento por un mundo “nuevo” y desconocido para quienes llegan. Muchas de estas crónicas tienen la particularidad de estar narradas por los protagonistas de las primeras exploraciones europeas en territorios americanos, narradores-viajeros que codifican su información en el relato de un viaje nombrando los lugares y describiéndolos conforme a un desplazamiento espacial (derrotero) y temporal (cronología). De esta manera, a medida que el narrador *avanza* en su *relación*, el viajero *avanza* en su *recorrido* y el lector, de la mano de ambos, completa el viaje *paso a paso* viendo el mundo recorrido con los ojos del protagonista.

Interesa aquí el carácter del sujeto enunciador del relato de viajes, carácter que, como señala Elena Altuna, está determinado por la situación del desplazamiento y marcado fundamentalmente por el contacto cultural que deviene de ese desplazamiento (2004: 9). Este sujeto heterogéneo y “atrapado entre dos mundos”, al que denominó ‘el viajero’, ha sido el centro de interés de numerosos trabajos –Cornejo Polar, Rolena Adorno, Elena Altuna– porque su presencia atraviesa la literatura hispanoamericana en forma de distintos personajes típicos: el explorador, el conquistador, el náufrago, el cautivo, el navegante, etcétera. De todos estos consideraré dos figuras puntuales –el caminante y el navegante– en una región específica en los confines de la Nueva España: las Californias. En los mismos términos en que Ana Pizarro entiende a la Amazonía (2009: 26), las Californias también fueron una “maraña de textualidades” que cristalizan una geografía en el imaginario europeo y la habitan con los seres y mitos que podían imaginar ocupándola y reformulándola a partir de miedos y deseos externos y alternos a la zona en cuestión.

II.

Las primeras incursiones marítimas al noroeste del continente datan de la primera mitad del siglo XVI e incluyen no solo la serie de expediciones organizadas por Cortés, sino también las del virrey Mendoza, de las que surgen la toponimia de California y los primeros perfiles continentales del territorio en cuestión.

Cortés envía su primera expedición en 1532 y la encarga a Diego Hurtado de Mendoza, quien llega hasta la boca del actual golfo de California y se pierde luego (Martínez, 1990: 666). Posteriormente, en 1533, envía a Diego Becerra de Mendoza y Hernando de Grijalba, y en 1535 capitanea él mismo una expedición y funda la colonia Santa Cruz, en la actual Bahía de la Paz, que tuvo que ser abandonada posteriormente debido a las malas condiciones de subsistencia. Persistente en su intento, envía por último a Fernando de Ulloa en 1539, quien logra explorar la totalidad del golfo.

Ese mismo año, don Antonio de Mendoza y Pacheco, virrey de la Nueva España desde 1535, encomienda a Francisco Vazquez de Coronado el apaciguamiento de las tierras de Culiacán y una primera incursión terrestre al norte, recientemente conocido por los españoles gracias a la aparición de cuatro caminantes, los supervivientes de la expedición de Pánfilo de Narváez a la Florida (1536).¹ Un año después, Mendoza envía por mar a Hernando de Alarcón con dos navíos –el San Pedro y el Santa Catalina– en apoyo a la nueva expedición terrestre de Coronado. Mientras Alarcón navega el golfo y remonta el actual río Colorado, Coronado y su capitán de avanzada, Melchor Díaz, caminan por desiertos incommensurables. La última de las expediciones patrocinadas por el virrey fue la de 1542, cuando puso en manos de Juan Rodríguez de Cabrillo la búsqueda de un paso marítimo que uniera los océanos.² Los dos barcos, el San Salvador y el Victoria, llegan hasta la latitud 42°30' y, aunque nunca encuentran el mitológico pasaje, sus tripulantes son los primeros europeos que observan el perfil continental de la Alta California.³

III.

Del grupo de diarios de navegación a las costas de California me referiré a las primeras expediciones enviadas por Hernán Cortés y el virrey Mendoza. En muchos casos, las instrucciones precisaban que los navegantes, pilotos y cartógrafos debían descubrir “el secreto de la costa”, es decir, reconocer los litorales marítimos y consignar información de utilidad sobre los relieves costeros. Era común el impedimento puntual de entrar tierra adentro –“Y porque la voluntad de su Majestad es reconocer y demarcar, no ynviéis entrar en tierra”⁴– y es posible imaginar que el mundo visitado está *a la vista* de quien se desplaza y que el contacto del navegante con el “afuera” está mediado por el barco: un satélite que permite la observación sin el contacto.

La nave, el lugar donde el observador se desplaza, es representativa de los avances alcanzados por el ingenio humano en el siglo XVI, se trata de “las máquinas más complejas de la época” (Pérez Mallaina, 1992: 75), un pequeño universo dotado de la mayor autosuficiencia posible. Cada navío debía “vencer las soledades oceánicas y acercar un poco más a los hombres de las diversas regiones del planeta” (Pérez Mallaina, 1992: 77). Por esta razón, un buque era “un almacén-vehículo-fortaleza”,⁵ un *mundo abreviado*. Cuando un barco zarpaba no solo se trataba de una embarcación que servía como medio para transportar objetos y personas, en un sentido más amplio era también “una pequeña república flotante”, regida por leyes y jerarquías, en la que se continuaban todos los ámbitos cotidianos de una sociedad (Trejo Rivera, 2003: 21). A bordo se reproducían muchas de las actividades de tierra, aunque a menor escala; y la vida en el barco pretendía seguir su curso normal, con sus prácticas y hábitos diarios, solo que “adaptados al movimiento de las olas” (Trejo Rivera, 2003: 145).

En cuanto *mundo abreviado*, la nave es una *prolongación* del punto de partida, que posibilita un “fácil retorno”. No estoy diciendo aquí que las expediciones pudieron regresar fácilmente o sin contratiempos, la historia me desmentiría; sin embargo, sugiero que, en un sentido figurado, el viaje de los navegantes es circular. La organización o disposición del viaje –la *partida*, el *tránsito* o periplo y la llegada a un punto lejano y desconocido– implica para el navegante una vuelta al punto de partida (al

1. De esta primera incursión regresa el franciscano Marcos de Niza, quien difunde la idea de las Siete Ciudades de Cibola y enciende las expectativas del virrey. La leyenda medieval europea, ambientada en la época de la invasión de los árabes, dice que siete obispos huyeron por mar hacia tierras lejanas y remotas donde fundaron siete ciudades. Según Enrique de Gandía, el resurgimiento de la leyenda en América pudo haber estado relacionado con el mito religioso del Chicomoztoc, o las siete cuevas, del que habían traído su origen las siete tribus de los nahuas (1929: 63). El hallazgo de estas míticas ciudades motiva al virrey Mendoza a enviar nuevamente a Coronado en una segunda incursión en 1537.
2. El pasaje fue buscado infructuosamente por los europeos llegados al continente americano desde la primera mitad del siglo XVI. Ver Rodríguez (en prensa).
3. A partir de esta última expedición, el interés español por la zona se disipa durante algunos años; se reaviva luego con las expediciones de Cermeño (1595) y Vizcaíno (1602).
4. Aunque posterior a la primera etapa de exploraciones, el ejemplo corresponde a las Instrucciones del primer viaje de Vizcaíno (1602). Las reproduce Del Portillo y Díez de Sollano (1947: 303).
5. En primer lugar, era un medio de transporte, el más veloz de la época, pero también era “un almacén móvil de mercancías” y un “castillo dispuesto a la defensa o al ataque” (Pérez Mallaina, 1992: 77).

6. La palabra 'adelantado' tiene connotaciones administrativas –se trata del “ome metido adelante en algún fecho señalado mandado por el Rey” (Aut., 1770: 68)– e implica la obtención de información de primera mano.

menos en intención dado que en muchos casos los barcos desaparecieron fatalmente con todos sus tripulantes). Esta vuelta circular puede entenderse como parte del circuito de comunicación colonial, por el que se enviaba a los *adelantados* para tener noticias de aquello que se desconocía.⁶

En otro conjunto de viajes por el Nuevo Mundo en el siglo XVI, en cambio, el *retorno* de los expedicionarios representa la finalización del ciclo, pero no necesariamente un movimiento circular, una vuelta al punto de partida. Para muchos de los conquistadores, el Nuevo Mundo significó un punto sin regreso. En la trayectoria de la expedición a Tenochtitlan, por ejemplo, hay un punto determinado al que se dirigen los conquistadores, pero no hay *un regreso propiamente dicho*. Bernal Díaz, por ejemplo, permaneció en el lugar de destino y, por lo mismo, hay en su texto pasajes que denotan signos de nuevas pertenencias:

Íbamos ya muy alegres y comiendo unas calabazas que llaman ayotes; y *comiendo* y *caminando* hazia Tlascala, que por salir de aquellas poblaciones, por temor [...] Y aquella poblazón y casa donde dormimos se parecen las serrezuelas que están par la Tascala [Tlaxcala], y como las vimos nos alegramos como si fueran nuestras casas (Cap. CXXVIII, p. 360).

La escena corresponde a la salida de los españoles de Tenochtitlan hacia tierras aliadas (Tlaxcala) en medio de la lucha por la recuperación de la ciudad. En su retirada, los españoles van caminando “muy alegres” comiendo “ayotes” y llegan a un pueblo chico que se representa como cercano a la noción de hogar, pero ahora trasladado al mundo americano. *Paso a paso* y *bocado a bocado*, los caminantes dan cuenta de la conformación de una identidad nueva, siempre en conflicto y siempre escindida, entre la noción de “hogar” o el lugar desde el que se interpreta el mundo recorrido y el desplazamiento de este hacia el espacio cultural americano. La incorporación de nuevas pautas culturales, como la comida, y el uso de préstamos lingüísticos son manifestaciones del proceso de cambio que afecta a los recién llegados.

El contacto entre españoles e indígenas durante la conquista y colonización de América tuvo resultados traumáticos para los últimos y cuando menos “paradójicos” para los primeros: “bolvimos a nuestro real (...) donde nos curamos con azeite y apretar las heridas con mantas, y comer nuestras tortillas con axí e yervas y tunas” (Cap. CLIII, p. 490). Como opina Claudia Parodi, los españoles en América incorporaron rasgos específicos de las culturas indoamericanas generando una nueva cultura española en América (2003: 327). Lo paradójico reside, a mi juicio, en que estos signos “de transformación” en el discurso de los conquistadores aparecen en el momento de mayor violencia cultural: la guerra. Las citas corresponden al momento narrativo del enfrentamiento entre españoles y mexicas (la Noche Triste y días subsiguientes), y en ese momento –quizás porque escribe mucho tiempo después de ocurridos los sucesos–, Bernal hace suyas las tortillas, los axies, yerbas y tunas.⁷

Si bien el “discurso de los caminantes”⁸ se compone en concordancia con la cultura original, sus representaciones no se sostienen todo el tiempo en la situación central de la sociedad de origen y es posible observar ciertos desplazamientos en la subjetividad del viajero. En este sentido, es ilustrativo el concepto de “España transferida” acuñado por Luisa Pranzetti (1993: 62),⁹ que puede explicar ciertos momentos narrativos en los que se manifiesta un grado de transgresión a los códigos de conducta vigentes en España y da lugar a la aparición de “un espacio que funde en sí los signos del viejo mundo con los del nuevo”.

Para los caminantes, el *regreso* de una travesía se interpreta como el momento subjetivo de pertenencia a un lugar e implica al menos tres etapas en la narración de

7. Para la interpretación del signo bicultural “tortilla”, remito al trabajo de Andrade (2009). Para la interpretación del signo bicultural “aji”, remito al trabajo de Hélder (2009).

8. Tomo la expresión de Elena Altuna (2002) y remito a su valioso trabajo.

9. Agradezco a la doctora Beatriz Colombi la sugerencia de dialogar aquí con el concepto de “España transferida”.

la travesía: primero, el arribo al lugar de destino; segundo, la permanencia en dicho lugar; y tercero, la duración en el contacto con lo distinto. En los viajes marítimos estudiados, en cambio, en muchos de los diarios o bitácoras que relatan dichos viajes, estas etapas se desdibujan, justamente porque la mediación del barco –ese *mundo de origen abreviado*– prolonga el punto de partida: todo viajero camina con un mundo a cuestas, pero el navegante lo reproduce en todo su recorrido.

En cierta medida, los caminantes suspenden la idea de hogar en su desplazamiento y esa suspensión implica una negociación con el sentido, con la forma de pensar, con la confianza del sujeto en sí mismo y en sus certidumbres. Bernal Díaz y Cortés –para seguir con los mismos ejemplos– caminan por el Nuevo Mundo reproduciendo las prácticas de su mundo de origen, pero necesariamente adaptándose a los nuevos contextos, negociando y adquiriendo *nuevas pautas culturales* que modifican, subvierten o trastocan el estado anterior (ver Parodi, 2009: 20).

Los navegantes, por el contrario, viven el viaje como una observación. Van a tierra en escasas ocasiones y únicamente para abastecerse de agua y leña. Son los habitantes de la zona, en cambio, quienes los visitan: “Es señora de estos pueblos una india vieja, que vino a las naos y durmió dos noche en la Capitana, y lo mismo muchos indios”.¹⁰ El “contacto” es entonces solo de la población que el navegante observa y esto reviste especial importancia en términos de la puesta en escena del poder/saber: los visitados, siempre en sus naves, conservan así el derecho de admisión y fiscalización de los *otros* sin cambiar la dimensión espacial simbólica del lugar de origen.

El intercambio del navegante está mediado por la condensación del hogar en el espacio reducido del barco y el punto de partida o *la partida* del viaje no es aquí un quiebre o una separación del mundo de origen, sino una continuación de este, modificado, claro está, por la reducción del espacio, el meneo de las olas y las incertidumbres del océano. No se trata, entonces, del asentamiento, sino del movimiento: el punto de partida se prolonga, el arribo al destino se aplaza y la duración en el contacto con lo distinto se suspende. Lo que queda es, entonces, el desplazamiento de los navegantes y los *secretos* valiosos que arrojan sus viajes: la demarcación del mundo. Los navegantes trazan las costas y componen sus mapas, representaciones a escala que ilustran aquello que estaba “separado de la vista” y que se hace visible en el imaginario europeo.¹¹ El diario de navegación da cuenta de la “invención” del continente y de su incorporación e inscripción en el imaginario de los europeos. Junto con esta forma textual, el papel de la cartografía tiene aquí la significación del registro, anexión y organización de América como el espacio dispuesto a la intervención europea. La representación del Nuevo Mundo o la *nueva* configuración del mundo, que incorpora la cuarta parte de la tierra (América), es paralela a su descripción interna y el espacio americano se configura en un doble movimiento: *delimitando* y *definiendo* el continente (Mignolo, 1992).¹²

Los diarios de navegación que nos ocupan son formas cartográficas, geodésicas, representaciones de la superficie de la tierra que tienen un carácter utilitario. Las referencias temporales tienden a ser precisas y esta característica tiene su explicación en la forma textual del diario o bitácora, un tipo de organización narrativa más temporal que espacial. A su vez, el posicionamiento del navegante en su derrotero pretende ser también exacto y puede incluir la inscripción de topónimos y de coordenadas.¹³ En el diario de navegación o bitácora están presentes dos ejes o planos, uno “descriptivo-estático” y otro “dinámico-narrativo” (Popeanga, 1991: 162): el eje horizontal o sintagmático, que da la progresión o el desplazamiento, se articula con el eje vertical o paradigmático, que ofrece la información obtenida durante el viaje. La información proporcionada por los navegantes se concentra en la descripción puntual de las costas:

10. Se trata del “Viaje por las costas de California de Juan Rodríguez de Cabrillo” (1943: Cap. I, p. 37).

11. Sobre la paulatina aparición de California en los mapas de la época, ver la recopilación en León-Portilla (1989).

12. Para una contextualización de la figura del navegante en el Renacimiento, ver Soler (2003).

13. No obstante, hoy sabemos que los registros de la época eran *estimados*. El problema básico consistía en determinar en qué posición geográfica se encontraba la nave respecto del punto de salida y para ello el navegante llevaba un registro del rumbo y la distancia recorrida posicionando su nave en una carta de navegación. Las cartas de entonces eran *cartas planas*, es decir, una representación que no reflejaba el hecho de que la tierra es un globo. Esto daba por resultado bastantes imprecisiones y por esta razón la nave se gobernaba *por estima*. En la época, para la determinación del rumbo, los navegantes usaban la *aguja de marear* –que marca el norte magnético y da un punto fijo con el cual se puede dar seguimiento de la travesía– y también la *rosa de los vientos*. Para la determinación de la distancia recorrida, se valían de una *ampolleta* o reloj de arena y una *corredera de barquilla*, que les permitían determinar la velocidad del buque. El problema de situarse geográficamente se resolvía con el *astrolabio* (astro: estrella, labio: el que busca, es decir, *el que busca estrellas*), que permitía la medición de la altura del sol o de la estrella polar. Ver García Cruz (2009: 183-200).

... toda esta costa deste día es muy brava, y ay mucha mar de leva y la tierra es muy alta; hay montañas que se van al cielo y la mar bate en ellas; yendo navegando cerca de tierra, parece que quieren caer sobre las naos, están llenas de nieve (...) y al principio dellas hace un cabo que sale á la mar (...) córrese la costa Nor Norueste, Su [sic] Sueste; *no parece que habitan indios en esta costa...*¹⁴

14. El ejemplo corresponde al viaje de Cabrillo (1870, T. XIV, p. 184). En adelante cito como *Relación del descubrimiento*.

15. Como señala De Certeau siguiendo a Benveniste, los adverbios *aquí* y *allí* son en la comunicación verbal los indicadores de la instancia locutora (delimitan la instancia espacial y temporal coextensiva y contemporánea de la presente instancia del discurso que contiene el yo) y por lo mismo “refuerza el paralelismo entre la enunciación lingüística y la enunciación peatonal” (2007: 111).

16. “Relación y derrotero...” (1870, T. XIV, p. 131). En adelante cito como *Relación y derrotero*.

El navegante se desplaza *poniendo los ojos en la tierra* de manera que ofrece un punto de vista particular. Por ‘punto de vista’ entiendo una determinada conciencia del personaje-narrador, que refleja su vivencia del mundo y del resto de los personajes, una “retórica del andar”, en palabras de De Certeau. En el marco de la enunciación, quien se desplaza constituye, con relación a su posición, un cerca y un lejos, un *aquí* y un *allá*.¹⁵ Para el caso, se trata de un observador que, a su paso y con una mirada distante, describe los *recortes costeros*. La palabra (re)corte sirve para ilustrar algo importante: el navegante tiene, más que ningún otro, solo vistas parciales. No hay intercambio, ni negociación, no hay conflicto, no hay aliados ni antagonistas y, por lo mismo, las cosas *aparecen* y *desaparecen* en la perspectiva del narrador. Su contacto se limita a una aproximación visual: “*no parece que habitan indios en esta costa*”, que es lo mismo que decir “*como no aparecen en la costa, como no se dejan ver, parece que no hay indios*”. Prepondera, entonces, el paisaje recortado por la mirada lejana de un observador.

El intercambio está condicionado por el barco, un lugar alejado desde donde se observa a la distancia; sin embargo, este no es el único rasgo destacable del punto de vista del navegante. También es común encontrar una especie de prolongación del viajero con su medio de movilidad. Se trata de la personificación del navío o la continuación del cuerpo del navegante en la nave, un tipo de prosopopeya que consiste en conceder atributos humanos a los barcos: “y así *corrimos* al Nornorueste”;¹⁶ “... fueron *caminando* por la misma derrota a luego de la costa...”; “... *caminaron* muy poco estos días por los ruines tiempos...” (*Relación del descubrimiento*: 167). Los verbos “*corrimos*” y “*caminamos*”, acciones propia de seres animados, tienen aquí el significado de *navegamos*. El barco se hace cuerpo –“en este mismo día nos dio un viento Norte que *no podíamos sufrir más* de los papaigos” (*Relación y derrotero*: 133); “*nos fatigaba* mucho la mar y el viento...” (*Relación y derrotero*: 129)– y, aunque parezca evidente que el mar y el viento castigaban al barco y que, por añadidura, la tripulación se fatigaba, es el barco quien “*sufre*”. Este uso semántico particular indica que “quien navega establece con el barco una proyección de sí mismo” (Benites, 2008: 157). En todos los casos, hay una transposición de valores humanos, una concesión de atributos humanos (caminar, correr, fatigarse, sufrir) al objeto inanimado, pero, además, en esta “corporización”, el barco es parte de un organismo *continente* de los navegantes, es un cuerpo que contiene y lleva ideas, identidad, sociedad y cultura. La *nao* es un *mundo abreviado*, una casa que se traslada con el viajero a lo largo del viaje.

* * *

Muchas de las primeras incursiones a las costas de California han quedado en el olvido, quizás porque los hallazgos de Cortés y Mendoza no fueron más que desiertos inmensos, costas sin final y mares que no pertenecían al ámbito del dominio europeo. Los textos que dejaron los expedicionarios, representaciones de un mundo nuevo para el europeo, funcionan como una *constelación* que, en contrapunto con otras, permitió apuntar algunas diferencias discursivas entre caminantes y navegantes. En la *retórica del andar-navegante*, el punto de partida se prolonga, el arribo al destino se aplaza y la duración en el contacto con lo distinto se suspende. El barco es un refugio. Es protección y resistencia. Quien camina, en cambio, está expuesto. El punto de partida implica aquí una ruptura, el arribo al destino puede significar un punto sin retorno y la duración en el contacto con lo distinto tiene connotaciones paradójicas, siempre polisémicas.

Bibliografía

- » “Relación del descubrimiento que hizo Juan Rodríguez navegando por la contracosta del Mar del Sur al Norte, hecha por Juan Páez. Julio de 1542”, *Colección de Documentos Inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía sacados de los Archivos del Reino y muy especialmente del de Indias*. Imprenta de José María Pérez, 1870, tomo XIV.
- » “Relación y derrotero de una armada de dos navíos, Concepción, Capitana, y San Lázaro, que salió del Puerto de Santiago en el Mar del Sur, de orden (sic) de Hernán Cortés, mandada por Hernando de Grijalva y el piloto Martín de Acosta, portugués, a descubrir el Mar del Sur”, *Colección de Documentos Inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía sacados de los Archivos del Reino y muy especialmente del de Indias*. Imprenta de José María Pérez, 1870, tomo XIV, p. 131.
- » “Viaje por las costas de California de Juan Rodríguez de Cabrillo”, *Colección de diarios y relaciones para la historia de los viajes y descubrimientos*. Madrid, Instituto Histórico de Marina.
- » Altuna, E. (2002). *El discurso colonialista de los caminantes. Siglos XVII-XVIII*. Berkeley, Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar-Latinoamericana.
- » Altuna, E. (2004). “Introducción. Relaciones de viajes y viajeros coloniales por las Américas”. En *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año 30, nº 60.
- » Andrade, A. (2009). “El pan en la semántica cultural: variación y formalización del signo *cazabe*”. En Dakin, K., Montes de Oca, M., Parodi, C. (eds.), *Visiones del encuentro de dos mundos en América. Lengua, cultura, traducción y transculturación*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Centro de Estudios Coloniales Iberoamericanos de la Universidad de California Los Ángeles, 47-60.
- » Benites, M. J. (2008). “Entre el asombro y el espanto: un acercamiento a la Relación de Fray Gaspar de Carvajal por Río Grande de las Amazonas”. En *Telar. Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional de Tucumán*, 6, 157.
- » De Certeau, M. (2007). *La invención de lo cotidiano. I Artes de hacer*. México, Universidad Iberoamericana.
- » De Gandía, E. (1929). *Historia crítica de los mitos de la conquista americana*. Madrid, Sociedad General Española de Librería.
- » Del Portillo y Díez de Sollano, Á. (1947). *Descubrimientos y exploraciones de las costas de California*. Madrid, Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, Serie monografías: 7.
- » Díaz del Castillo, B. (2005). *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición de J. A. Barbón Rodríguez. México, El Colegio de México-Universidad Nacional Autónoma de México-Servicio Alemán de Intercambio Académico-Agencia Española de Cooperación Internacional.
- » García Cruz, J. A. (2009). “El arte de llegar a puerto. Matemáticas y navegación desde la Antigüedad hasta el siglo XVII”. En Marrero, I. (coord.), *Descubrir las matemáticas hoy*. Tenerife, Servicio de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, 183-200.

- » Hólmer, Á. (2009). "La semántica cultural del ají". En Dakin, K., Montes de Oca, M., Parodi, C. (eds.), *Visiones del encuentro de dos mundos en América. Lengua, cultura, traducción y transculturación*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Centro de Estudios Coloniales Iberoamericanos de la Universidad de California Los Ángeles, 61-78.
- » León-Portilla, M. (1989). *Cartografía y crónicas de la antigua California*. México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- » Martínez, J. L. (1990). *Hernán Cortés*. México, FCE.
- » Mignolo, W. (1992). "Putting the Americas on the Map. Geography and the Colonization of Space". En *Colonial Latin American Review*, 1-2, 25-63.
- » Parodi, C. (2003). "Maravillas del Nuevo Mundo: Bernal Díaz del Castillo, el refinamiento culinario prehispánico y la indianización". En Poot Herrera, S. (ed.), *En gustos se comen géneros*, Vol. III. Mérida, Instituto de Cultura de Yucatán.
- » Parodi, C. (2009). "La semántica cultural: un modelo de contacto lingüístico". En Dakin, K., Montes de Oca, M., Parodi, C. (eds.), *Visiones del encuentro de dos mundos en América. Lengua, cultura, traducción y transculturación*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Centro de Estudios Coloniales Iberoamericanos de la Universidad de California Los Ángeles.
- » Pérez Mallaína, P. (1992). *Los hombres del océano. Vida cotidiana de los tripulantes de las flotas de Indias. Siglo XVI*. Sevilla, Diputación de Sevilla.
- » Pizarro, A. (2009). *Amazonía. El río tiene voces*. México, FCE.
- » Popeanga, E. (1991). "El discurso medieval en los libros de viajes". En *Filología Románica*, 8, 162.
- » Pranzetti, L. (1993). "El naufragio como metáfora". En Glanz, M. (coord.), *Notas y comentarios sobre Álvaro Núñez Cabeza de Vaca*. México, Grijalbo-Conaculta.
- » Real Academia de la Lengua Española (1770). *Diccionario de Autoridades*. Madrid, Real Academia de la Lengua Española.
- » Rodríguez, J. N. (2010a). "Caminar por la mar incógnita: las naos a California y el punto de vista del navegante". En *Espaciotiempo. Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales y Humanidades*, año 3, nº 6, 25-38.
- » Rodríguez, J. N. (2010b). *Conexiones transatlánticas. Viajes medievales y crónicas de la Conquista en América*. México, El Colegio de México.
- » Rodríguez, J. N. (en prensa). "Marenates mareados: el Estrecho de Anián y las naos a California". En González, A. (ed.), *XIII Jornadas Medievales*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-El Colegio de México-Universidad Autónoma Metropolitana.
- » Soler, I. (2003). *El nudo y la esfera. El navegante como artífice del mundo moderno*. Barcelona, Acantilado.
- » Trejo Rivera, F. (2003). *La flota de la Nueva España 1630-1631*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.